



JORGE
MOLIST
CANCIÓN
DE SANGRE Y ORO

PREMIO DE NOVELA
FERNANDO LARA 2018



Jorge Molist



Canción de sangre y oro

Premio de Novela Fernando Lara
2018

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Jorge Molist, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de los mapas: © Àlvar Salom

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: junio de 2018
Depósito legal: B. 8.944-2018
ISBN 978-84-08-19254-1
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Cayfosa (Impresia Ibérica)
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Montpellier, señorío del rey de Aragón, 13 de junio de 1262

Conocí a Pedro, con trece años recién cumplidos, el día de nuestra boda, en la iglesia.

Ahora sé que algunas princesas se niegan a casarse con desconocidos. Yo era entonces muy joven y lo ignoraba, pero hubiera aceptado sin discutir porque mi padre necesitaba aquel enlace. Le quería con locura y él me correspondía con el mismo amor.

—Siento que no sea un emperador como te mereces, cariño —me dijo, compungido, antes de conducirme al altar—. Pero tengo muchos enemigos y este es el mejor casamiento que pude negociar.

Tomó mis manos, se las llevó a los labios antes de besarme en ambas mejillas y me abrazó fuerte. Yo me acurruqué contra su pecho.

Mi padre era el rey Manfredo Hohenstaufen de Sicilia. Por aquel entonces su reino comprendía el sur de la península italiana y parte de Epiro, en Albania. Tenía treinta años y era poderoso, alto, rubio, de ojos verdes como los míos, y muy guapo a pesar de la cicatriz que le partía una ceja. Y también era gentil y amoroso.

El día del enlace yo estaba muy nerviosa. Iba a conocer al hombre con quien compartiría mi vida. Toda. ¿Cómo sería? Me habían dicho que era apuesto. Pero yo rezaba para que fuera bueno y amable. Me daba miedo pensar que por la no-

che compartiríamos lecho. Y que viajaríamos después a un país extraño. Tendría que separarme de aquellos a quienes amaba, de mi padre, en especial. Quizá nunca más volviera a verle. Esos pensamientos me abrumaban.

Iluminada por miles de cirios que se encaramaban por las columnas formando pirámides, la iglesia de Santa Maria de les Taules, en Montpellier, olía a gente, cera quemada e incienso. Al entrar me sujeté, temerosa, al brazo de mi padre. Él quiso animarme con unas palmaditas cariñosas en la mano que terminaron en una caricia. Creía penetrar, más que en un lugar santo, en una cueva enorme y siniestra donde yo era el cordero a sacrificar. Y conforme avanzábamos a paso lento por aquel pasillo interminable, notaba mi respiración alterada y mucho calor. Empecé a sudar. El templo estaba abarrotado, sentía que todos me observaban y yo, temblorosa, me aferraba más fuerte aún a mi padre. Temía desvanecerme. Miraba al suelo y mi corazón, encogido, palpitaba con fuerza. Sabía que en el altar me esperaba él. ¿Cómo sería? Y al llegar, mi curiosidad venció a mi angustia y, sin poder evitarlo, elevé la vista, brevemente, para contemplarle.

Era Pedro, el infante heredero de Aragón. Con veintidós años, era muy alto y bien formado. Tenía el pelo castaño, tirando a rubio, y una mirada intensa en sus ojos gris claro. Su cara afeitada mostraba una nariz recia, cejas espesas y una fuerte mandíbula que le confería un aspecto resuelto.

Al percibirme insegura, me dedicó una sonrisa cómplice. Una hermosa sonrisa. Quise devolvérsela pero apenas pude fruncir los labios. No me obedecían.

El obispo inició el sermón y cuando fui capaz de mirarle de nuevo, él me sonrió otra vez. Y yo, sintiéndome algo más tranquila, pude corresponderle.

Trataba de rezar pidiéndole a la Virgen que me hiciera una buena esposa cristiana, que me diera el temple y la compasión de una gran reina y que nos bendijera con muchos hijos. Pero no atinaba con las oraciones ni lograba entender el

sermón. Contemplaba agobiada los pliegues que mi dalmática de seda blanca formaba al apoyar sus bordes en el suelo. Temía quedarme sin voz o tartamudear cuando llegara la pregunta, sentía un nudo en la garganta y la notaba seca.

—Doña Constanza Hohenstaufen de Sicilia —oí entonces—, ¿queréis a don Pedro, infante de Aragón, como esposo?

Mi corazón pareció querer saltar del pecho y mil pensamientos se atropellaron en mi mente. Aquel era el instante más importante de mi vida, el que decidía mi futuro. Tragué una saliva que no tenía, preguntándome angustiada si mi aturullamiento me permitiría responder. Y de pronto oí una voz firme y segura:

—Sí, quiero.

Por un momento dudé que fuera la mía. Pero lo era.

Desde un entarimado presidimos las más de doscientas mesas de invitados al banquete. Para mí todo era nuevo y extraño, notaba que me miraban y me sentía incómoda. Junto a Pedro se sentaba el rey Jaime de Aragón, de cincuenta y cuatro años, hombre alto, de voz potente, que lucía barba y una melena con bucles castaños, ya canosos, bajo su corona. Y a mi lado, mi padre.

La comida fue espléndida. Había corzos, jabalíes, vacas, conejos, todo tipo de aves y distintos pescados y mariscos. Todo llegaba tan bien presentado como los pavos reales y faisanes asados, con sus magníficas plumas colocadas en sus rabadillas a modo de grandes abanicos. Los criados no paraban de trinchar carne, de servir salsas y de llenar copas de vino. Los juglares amenizaban la fiesta con sus canciones, trucos y piruetas. La gente no dejaba de hablar, algunos a gritos, y reían.

Mi padre decía que mi suegro había escogido la ciudad de Montpellier para la boda porque había nacido allí y porque era mucho más rica que Barcelona. Disfrutaba de un boyante comercio, la basílica en la que nos casamos estaba rodeada de bancas de cambistas y tenía la universidad de medicina más famosa de Europa. También comentaba que el rey de Aragón

no andaba bien de dinero y que la ciudad sufragaba los gastos de la fiesta.

Tampoco mi padre lo tenía. Solo pudo abonar la mitad de las cincuenta mil onzas de oro de mi dote, la mayoría en joyas. Entre ellas destacaba un faldistorio: un trono plegable con patas en forma de tijera y sin respaldo, de oro y piedras preciosas, que había pertenecido a mi abuelo el emperador.

Al inicio del convite apenas hablé con Pedro. Aunque algo más tranquila, su sola presencia, tan cercana, me producía una turbación que no lograba controlar y me paralizaba ante sus preguntas. Continuaba siendo un extraño para mí.

—¿Cómo os sentís, señora? —quiso saber, animándome a hablar con una sonrisa—. Contadme sobre vuestro viaje.

—Algo cansada, señor —le respondí como pude en el aragonés que había estado estudiando durante el último año—. Ha sido un trayecto lánguido y fatigoso.

Él se echó a reír.

—¡Habréis querido decir largo, o quizá luengo, no lánguido! —me corrigió.

—Oh, señor, perdonadme —musité enrojeciéndome.

—No hay nada que perdonar —me dijo acariciándome la mano que tenía sobre la mesa—. Habláis muy bien. Imaginadme a mí hablando en siciliano. ¡No sé una sola palabra! Disculpad mi risa pero es que *lánguido* es una forma mustia de *fatigado*. Me hizo gracia. —Y volvió a reír, ahora más alto.

Yo le miraba con cierto asombro. Cada vez le veía más guapo y su risa me resultaba contagiosa. Reí también, suave, aún insegura. Me hubiera gustado continuar conversando pero los grandes nobles, previa autorización de los cancilleres, no paraban de interrumpir para saludar, felicitarnos y hablar con mi marido y nuestros padres. Yo no conocía a nadie de su familia con excepción de su hermano bastardo, don Fernán Sánchez de Castro, que era un par de meses mayor que él.

Fernán fue, junto a un noble catalán, el embajador llegado de Barcelona para negociar mi matrimonio. Yo tenía solo once años pero sabía que se trataba de algo muy importante para mí. ¡Del príncipe que sería mi marido! Observaba curiosa a mi futuro cuñado. Me doblaba la edad. No era muy alto, aunque sí fuerte y corpulento, con pelo y barba castaños y ojos oscuros. No me gustaba. Hablaba a voces, fanfarroneaba y me miraba sonriendo. De una forma en la que un hombre no debiera mirar a la futura mujer de su hermano.

—¡Qué suerte tenéis al emparentar con nosotros! —me dijo en una ocasión dándome una palmada en las nalgas.

Yo me sorprendí y salí corriendo alterada. Nadie me había tratado así antes. Habíamos coincidido, creo que casualmente, en el jardín de palacio en una de las raras veces en que me encontraba sola. Él se rio de mi atolondramiento. Decidí no contárselo a nadie. Creo que mi padre le hubiera matado sin importarle de quién fuera hijo. A partir de entonces me aseguré de estar siempre lejos de él, aunque su mirada me seguía turbando.

En algo debía de parecerse a su medio hermano, me decía preocupada, y rezaba para que Pedro fuera más guapo y gentil.

Ni Fernán ni su acompañante causaron buena impresión en la sofisticada corte de mi padre. Se los tachaba de zafios y pueblerinos por sus formas y atuendos. Yo tenía un oído fino y cazaba al vuelo algunos comentarios maliciosos.

—Están acostumbrados a matar moros y a que los moros los maten a ellos —le susurraba un caballero gordo y canoso a una dama de grandes pechos que se puso a reír, con estilo, cubriéndose la boca—. Es todo lo que hacen en España. Y es una pena que vayan ganando porque los moros son más cultos y refinados.

La dama volvió a reír.

Aquel chisme terminó de asustarme y me fui llorando a Bella d'Amichi, mi nodriza, la misma que me amamantó de pequeña. Mi madre murió cuando yo tenía cinco años y ella me cuidaba desde que nací, dándome todo su amor y tratando, en lo posible, de sustituirla.

—Bella —le dije entre lágrimas—, no quiero casarme, no quiero ir a España, no quiero dejar ni a mi padre ni a mis hermanos. ¡Soy muy feliz aquí! Allí estaré sola, entre salvajes. Seré muy desgraciada.

Bella me sujetó de los hombros, clavó sus pupilas en las mías y me dijo:

—Niña, vos no habéis nacido para ser feliz, sino para ser reina.

La sonrisa había abandonado su rostro. La contemplé sorprendida. No era habitual que me hablara con aquella solemnidad ni que me contrariara de forma tan contundente. Me liberé con una violenta sacudida.

—¡No me casaré con ese hombre! —le grité—. ¡Y si pretendéis obligarme, me negaré cuando me pregunte el cura en la iglesia!

Bella me agarró el brazo con fuerza y me susurró:

—Escuchadme bien, Constanza. Hay algo importante que debéis saber. Sois ya bastante mayor.

Su tono y sus enigmáticas palabras despertaron mi curiosidad.

—¿Qué es? —respondí intrigada.

Nos encontrábamos en los jardines de nuestro palacio en Palermo y Bella me condujo a un banco bajo un emparrado de rosales que nos protegía del brillante sol siciliano.

—Escuchad —continuó en voz baja después de tomar asiento—. Vuestro padre tiene muchos enemigos. El papa y Francia, el reino más poderoso de Europa, son los principales. Desean acabar con vuestra familia. ¡Le quieren matar!

Me estremecí de miedo.

—La búsqueda de un esposo para vos no es fácil, puesto que pocos reyes se atreven a casar a su heredero con la hija de un excomulgado. No solo peligra nuestro reino sino también nuestras vidas. Vuestro padre necesita aliados. Y esa boda le da uno importante.

La miré en silencio.

—¿Entendéis por qué no os podéis negar? —inquirió—. ¿Que tanto el futuro del reino como la vida de vuestro padre dependen de ello?

Asustada, afirmé con la cabeza.

—No habéis nacido para ser feliz sino para ser reina —repitió.

—Cumpliré las órdenes de mi padre —dije después de pensarlo—. Seré reina, pero también quiero ser feliz.

—Es muy posible que logréis lo primero —respondió con una sonrisa triste—. Lo otro solo está en manos de Dios.

A partir de entonces quise saber más. Para la Corona de Aragón, Sicilia era fundamental en su comercio mediterráneo. Después de la conquista de Mallorca y Valencia, el rey Jaime quedaba rodeado por dos reinos mucho más poderosos que impedían su expansión: Francia y Castilla. Su única salida era el mar.

Para empeorarlo, el propósito de Jaime de repartir sus posesiones entre sus hijos varones no hacía más que debilitarlos. En su testamento había dejado al mayor, Alfonso, Aragón; a Pedro, Cataluña y Mallorca; a Jaume, Valencia; y a Fernán, el hermano que negociaba mi casamiento, los condados catalanes del Rosellón y la Cerdaña, y la ciudad y territorios de Montpellier. Poco podían hacer esos pequeños reinos frente a las grandes potencias que los rodeaban.

Pedro tenía otro hermano, Sancho, de doce años, nacido después de ese testamento, que fue destinado a la religión.

Mi padre no consideraba ninguno de aquellos futuros reyezuelos adecuado para mí. Sin embargo, cambió de opinión cuando, después de la muerte del primogénito, el rey Jaime nombró al infante Pedro heredero, no solo de Cataluña, sino también de Aragón y Valencia.

La boda permitía romper nuestro aislamiento pero disgustaba mucho al papa y al rey de Francia. Mi suegro, antes de casar a su hija Isabel con el heredero del trono francés, se vio obligado a prometer que bajo ninguna circunstancia ayudaría

militarmente al rey de Sicilia, mi padre. Sabía que mi progenitor estaba en serio peligro. Temía por él. Mucho.

Pasé el año de mi compromiso en Nápoles, aprendiendo los idiomas y costumbres de los que serían mis nuevos reinos. Continué con mi educación religiosa, el estudio de latín, griego y música, en especial arpa, mi instrumento favorito. Y al fin había llegado el día decisivo.

Me parecía que el banquete de bodas nunca iba a acabar y, ya con más confianza, contemplé a mi esposo mientras conversaba con un noble catalán gigantesco, pelirrojo, de barba descuidada, que hablaba alto y olía a vino. Después supe que era el conde de Ampurias. Aunque Pedro no era tan apuesto como mi padre, tenía algo que me atraía, quizá sus maneras seguras y resueltas pero amables conmigo. Me descubrió mirándole y me sonrió, antes de seguir conversando con aquel individuo. Suspiré aliviada. Él era el hombre con el que iba a compartir el resto de mi vida. Y me dije que ojalá, en el futuro, me sonriera muchas veces como acababa de hacerlo. Quizá tuviera suerte y pudiera llegar a amarle. Rezaría mucho por ello.